



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Eduardo Blaustein

# EL PACHI

*o la revolución de los frágiles*



*A las madres y los padres que por entonces  
se quedaron solos. Los míos, sin ir más lejos.*

*Esta historia puede ser leída como si se  
la rememorara a fines de 1990.*

## UNO

---

Pucha caramba –hostias, joder–, mucho antes de eso, cuando era muy pequeño, ya de parapléjico, a él se le daba por preguntar por historias viejas. Pero mucho antes de que sucediera eso, antes de que le encomendaran la noble tarea (imperiosa) de matar al teniente coronel. Mucho, pero mucho antes de que él aceptara, cómo no, con mucho gusto y fina atención, como solía decir, parodiando etiquetas, el viejo. El padre de este que aquí, de manera introductoria, llamamos el parapléjico, un pichi.

Siempre, siempre preguntando por historias viejas. Qué había en el barrio, má, pá, cuando ustedes llegaron. Y de dónde el nombre del barrio. Y ustedes con qué jugaban cuando eran chicos. Viviendo como de a saltos largos en el tiempo, ya de mo-cito se le daba por concebir a las ciudades humanas con sorpresa y mueca, como masas puestas ahí a fuerza de bruta-mente echar y echar paladas de cemento sobre pampa bárbara. Ya en los potreros valoraría a las ortigas como últimos mohicanos, a los hinojos silvestres e higueras por subtropicales. Ciertos arbustos, los ceibos y sauces en el río, como observadores cautos de los transitorios asentamientos humanos.

Por los tiempos de los tiempos y para toda la eternidad los cachorros humanos criados en cautiverio –anónimos edificios de departamentos en la ciudad– saldrán limitados, menos libertarios que los buenos salvajes. Tendrán la libertad de interrogarse al pedo esos que miren al horizonte desde la cochambrosa costa del río, afirmados e imaginativos en un claro de los juncos en la húmeda arena gomosa, marcada con

las líneas onduladas que van dejando las olas, marcas como las rayas en las pieles de los tigres, entreviendo un mundo llamado Uruguay poblado de indios apaches, océano y más lejos África y Tarzán de los monos. Esos podrán preguntarse al crecer por las sensaciones primeras de Solís, Mendoza y los restantes nobles brutos españoles cuando navegaban este paisaje, este mismo paisaje más bien estropeado con sus miles de banderas de polietileno despanzurradas, tupacamarizadas entre reseca ramas negras, sus gruesos alambres de hierro retorcidos, sus restos de azulejos adosados a viejos ladrillos de casas demolidas que plantean repreguntas sucesivas sobre existencias anteriores, fragmentos de ladrillos redondeados por la gentil aunque insistente erosión fluvial, sus latas oxidadas, sus plásticos envases, sus soretes flotadores, motivo de graves humoradas en la infancia, cuando, damas y caballeros, desde el parapléjico a su hermana la pavota, Yoyi, Ricky C., el otro Ricky que tanto extraña todo esto, seguramente Carlitos pero más a la altura de El Ancla y alguna rara vez Guillermo Berlinguer, que era más bien un adelantado para la época, era tecno, tenía el Scalextric, el tren Franklin, todos los chiches tenía Guillermo.

Cuando todos ellos iban al río y se bañaban y mucho, pero mucho antes de que le encomendaran la tarea de matar al teniente coronel.

De muy enanos se veían con Guillermo Berlinguer, cruzándose de una a otra casa. La vieja de Guillermo lo trataba con dulzura y una suerte de condescendencia generosa: siempre tenía una porción de torta, galletitas o Mantecol para darle. La mucama, que usaba uniforme, compraba el Mantecol de a medio kilo en el puesto de la feria, que se desplegaba los viernes en el otro lado de la estación, desde la esquina del gran almacén Las Delicias, pasando ante una de las entradas de la Canchita del Ombú, hasta la punta opuesta del andén.

Donde estaba Las Delicias hubo Delicity, solo azar. Pero ya está, a ese local ya le fue mal, duró nada y hoy hay una

peluquería, un ciber, algún otro emprendimiento menor. Donde estaba la Canchita del Ombú, hace tiempo que se yerguen unos cuantos edificios en altura.

Cuando el parapléjico volvía a casa, que era un poco antes de que el amargo del viejo volviera del yugo en el Once, en el feo Once, a eso de las ocho, la vieja de Guillermo le pedía a su hijo que le prestara por esa noche el chiche con el que estuvieran jugando: un soldadito importado, la metralleta espacial con luces de colores, el Costa Azul, cuyos inestables caballitos de plomo, víctimas de una rara epilepsia, avanzaban vibrando a manivela. Él sabía que a Guillermo le costaba prestar los juguetes pero más podía la autoridad materna. Había una cosa como de Cáritas en la actitud de la vieja que a él no le entusiasmaba, pero el Costa Azul, tan veloces se veían los caballos en la propaganda de la tele –no se decía *publicidad*–, valía la módica humillación de recibir en préstamo.

A Guillermo solía verlo a solas. No le gustaba mezclarlo con otros amigos que lo miraban con desagrado, le resultaba incómodo. No tenía inconvenientes en usarlo: Guillermo tenía demasiados chiches y un humor cruel de lo más precoz. De hecho su insolencia lo intimidaba un poco.

Tendrían cinco años entonces y a los seis fueron a escuelas distintas: él a la del barrio, Guillermo a una privada. Durante años seguiría sintiendo una incomodidad importante al cruzar a Guillermo con otros, choque de estilos y de clases. Guillermo no, siempre desenvuelto.

El problema era en verano. Ahí se dejaba de ver con unos cuantos de los compañeritos de la escuela, la vieja le preguntaba qué pasa que no te ves con tus amigos, a él le costaba levantar el teléfono para llamarlos, timidez, y la vieja de Guillermo Berlinguer llamaba a la vieja de él para que los nenes se vieran.

Era un arreglo semiclandestino entre madres cuyos maridos no se apreciaban lo suficiente. Error. Era el viejo del parapléjico el que resistía de un modo pasivo ante la vieja, con murmuraciones y señalamientos sobre la imprevisibilidad de Osvaldo, el padre de Guillermo. Pero a él le gustaba cruzarse

a la casa de los Berlinguer. Ahí, donde todo era nuevo, por estrenar y conocer, se aliviaba el peso de las cosas, se ablandaban sus mecanismos internos por ausencia de las severidades, leves aunque persistentes, de su casa. La de Guillermo emanaba algo de sueño, el de las ilustraciones de la casa de caramelo hecha para Hansel y Gretel. Pero sin las niñerías del cuento de hadas, sin empalagar. Era como fugarse y andar libremente en el Italtpark. Hoy se diría que la casa de los Berlinguer era joda.

Oswaldo era simpático, entrador. Lo zumbaba al parapléjico, lo zumbaba bien, con picardía y ternura. Le arrancaba nuevas pulsiones, lo ponía en marcha, le tiraba buenas paredes. Es posible pensar que el parapléjico lo comparara con su propio viejo. Hasta que la culpa o el pediátrico pundonor le hacían percibir que alguna alusión críptica de Oswaldo sobre su viejo estaba de más. Su viejo era un tipo serio, recto. No lo procesaría exactamente de esta manera. Será ahora que lo piensa, dos mil quinientos años después.

Es un charlatán, decía su viejo sobre Oswaldo.

Tanto después él se diría como queriendo creer en esas cosas que los círculos comenzaban a cerrarse. Comenzarían a cerrarse desde el momento en que puso el dedo en el ángulo superior derecho del mapa de España, versión Diccionario Enciclopédico Sopena, tres tomos. Habrá sido esa la consulta más penosa que jamás hizo en el Sopena, al que gustoso recurrió toda la vida —toda la corta vida que pudo vivir hasta que abrió en la e de España—. El viejo Sopena de tapas azules con letras doradas era uno de los muchos centros espirituales o corazones de la casa, junto con *El Tesoro de la Juventud*, la colección Robin Hood, los libros de los hermanos Hardy, el mueble de los juguetes, el de los útiles y carpetas escolares, el jardín, la ventana del baño que daba a los techos en que caía la pelota, los agujeros de la tapa de bronce de la rejilla del baño, cuyas formas ameritaban diversas e interesantes interpretaciones (sombrero de cowboy, trébol, nube). Como en una fascinante

criatura de las profundidades, en las casas de la infancia laten decenas de corazones palpitantes.

Ese día –fechamos: 1974, puede que 1975– abrió el Sope-na anoticiado de muertes y eran las primeras. Carambolas de la vida: los padres de un compañero intentaban convencer a su hijo con llantos o con gritos para que se fuera a España, a Barcelona, donde quedaban o se creía o se quería creer en la existencia de unos parientes más remotos que lejanos. Falta-ba bastante para el golpe de Estado pero lo convocaron seria y desesperadamente al parapléjico para que los ayu-da-ra a convencer al amigo de que se rajara a España. Tenían dieciséis años. Pichis.

Barcelona, qué es eso y con qué se come, en el ángulo supe-rior derecho del mapa. El primer día de clases con el profesor Levene, primer año en el secundario, el hijo de su madre pre-guntó por los reinos de España antes del casamiento de Isabel y Fernando. Un cuatro a todos los que, recorriendo pupitres con mirada hija de puta, no supieran mencionar un reino. El para-pléjico supo con orgullo herido que no tenía idea de los reinos de España. Los españoles tenían nombre o gentilicio pero paradó-jicamente no origen ni historia propia. España eran pocas cosas y difusas: los enemigos *realistas* en los manuales de Historia, Raphael, Pedrito Rico, las zarzuelas que sonaban a viejas y a insufrible melancolía ajena, las estampillas de Franco en series monótonas, el concierto de Aranjuez, la Madre Patria, inasible por pedorra, la Guerra Civil, mozos y almaceneros, el Centro Asturiano y el *No dude que a usted lo beneficia/ operar con el Banco de Galicia*. No había, como en la *Anteojito*, una línea que dibujada sobre esos puntos conformaran un todo.

Ah: las Canciones del Tiempo de Maricastaña. *A la mar fui por naranjas/ cosa que la mar no tiene/ me dejaron moja-dita/ las olas que van y vienen.*

Carambolas presuntas de la vida: abrió el diccionario para buscar Barcelona en el mapa a instancias de otros. Nadie has-ta entonces, nadie que él conociera, se había rajado a España.

La Guerra Civil Española. Qué fuerte, tío, pero qué fuerte. Hasta el día de hoy en el siglo veintiuno: qué fuerte.

*Ay, mi dulce amor/ ese mar que ves tan bello/ Ay, mi dulce amor/ ese mar que ves tan bello es un traidor.*

Las olas del Mediterráneo son idiotas. Por ser olas de un mar con fama de heroico, estimado Ulises, resultan poca cosa. Olas chicas, olitas, una mariconada. Las del Atlántico, del lado izquierdo del mapa, al sur, esas son olas.

No le gusta al parapléjico la consistencia sucia, terrosa, muy hollada, muy usada, de la arena en las playas. En cambio, le merecen respeto las calas. La palabra *cala*, por ser desconocida para él en castellano, pertenece según se figura a alguna catalanidad de tierra adentro que comienza a apreciar aun cuando no quiera. Palabras de un catalán noble son, siguiendo sus figuraciones, *masía, pagés, Montseny, Merçé*. Ocurre lo opuesto con *es igual, aixó, seny* y con *Assumpció, Contxa, Dolors*.

La gente en este tiempo de la historia anda en la playa con bañadores homogéneos tipo suspensor. Negros o azules, se compran en El Corte Inglés. No van *en shortcitos* y mucho menos *en malla* o red. Vamos a esas típicas pavadas o gilipolles, que así se entra en tierra extranjera. Un estudiante, al terminar una carrera, no *se recibe*, se recibiría a sí mismo si así fuera, ríen los catalanes, se daría palmadas en la espalda recibándose y eso no tiene sentido. La *pollera* sería una mujer que vende pollos en el mercado. De más está decir que se *coge* lo que se deba, que *concha* es Concepción y sagrada y que la *birome* etcétera argentino. *Boludo* pegó fuerte. Les gusta *boludo* y estando en confianza los nativos confraternizan y catalanizan *bolut*, que tiene lo suyo.

Lo peor. Las conversaciones o encuentros en catalán que llevan dos horas y media en las que algún hijo de puta pregunta, al cabo de esas dos horas y media, con entera mala leche: *¿Entends català, oi que si?* Lo peor es disfrazarse imaginariamente de hombre sándwich (*bocadillo, bocata*), con un doble cartel sobre pecho y espalda que reza por las calles: Sudaca, pero aceptable ser humano.

Mare Nostrum que fuiste en los cielos. Solo una vez hasta ahora consiguió quitarse la mierda de encima, olvidarla. Fue un momento aislado de iluminación cuando de estación en estación, o en autobús y vendiendo artesanías, llegó hasta la bahía de Rosas, hasta Ampurias. Quedó absorto ante la vista de las últimas columnas romanas erguidas contra el mítico o místico fondo azul del Mediterráneo. Las ruinas de las columnas del enclave romano entre pinos, al fondo el azul del Mare Nostrum, envolviendo la bahía y las elevaciones de la Costa Brava.

El parapléjico cayó expulsado rodando sobre estas tierras. Observa todo más bien distante, como si tasara. Le dicen —comprueba— que la especulación inmobiliaria a lo largo de la costa la arruinó estragándola con inmensos dominós seriados, edificios baratos. Como se trata de pensar a la defensiva, tiende a creer mascullando que los catalanes se hicieron antifranquistas por motivos más estéticos que culturales y políticos. Motivos que adolecen de la suficiente fiereza, trascendencia o combatividad.

Se vino con tres o cuatro más hasta acá, Casteldelfells o Sitges, a vender qué. Cadenas, pulseras, biyuta, palmípedos de maderita, hilo y plumas que saben bailar. Globos. Quenas, tristes penas. Le han dicho que viven gays en Sitges y acaso es la primera vez que escucha la palabra *gay*. Los observa, los tasa, intercambian sus socios en la venta de biyuta algún chiste menor, entre suspicaz, temeroso, despectivo. Ya entrarán los gays en la categoría de las cosas normales. Por el momento no le gustan los suspensores diminutos que usan ni sus modos de mirar.

Va incorporando las novedades con mala cara y por inercia. No alcanza a comprender el diálogo animado de otros de su camada a medida que exploran lo nuevo y descubren. El parapléjico sobrevuela la nueva tierra pero para poder sobrevolarla hay que ganarse la vida. En ese sentido todo va mal y en el resto también. Las ventas en los diversos rubros —cadenas, pulseras, quenas—, mal. Mal el trabajo. No hay trabajo si no hay papeles; no hay papeles si no hay trabajo. ¿Los catalanes? Estudiándolos, ironizando. Los argentinos andan mal. Las argentinas andan mal o aprenden a comportarse como reventadas. La

información que llega del otro lado del océano es un sostenido machacar en la pálida. Las cartas son crípticas, sombrías. Los padres envían sus mejores *wishes*, culpas, nimiedades y tristezas infinitas.

En el tren de regreso, dos del grupo argentino se cagan a trompadas, uno es él. El pasaje katanga, así se denomina lo catalán con pretensión de revancha, mira con asco reprimido. Se cagan a trompadas por disputas monetarias: quién puso cuánto, cómo repartir los pocos billetes ganados. En la terminal de RENFE se separan cada cual a donde puede. Algunos ya alquilan, están llegando al primer año de sobrevida. El parapléjico toma el metro, hace combinación en Diagonal, baja en Liceo, camina por las ramblas hasta la pensión con clara divisa sanmartiniana: dejar los bolsos e irse a comer por monedas a la ruinosa Can Peret, el Palacio de la Grasa, lugar muy estimado entre los lúmpenes de muy variadas extracciones. Lo más barato: huevos al plato, con fetas de algún oscuro chorizo hundido en la salsa grasienta. Se llenará de pan mojado en la salsa y del afamado vino azulado de Can Peret cuya mejor virtud es hacer torrar, torrar, torrar.

Métanse por culo El Corte Inglés y los bañadores de todos los putos de Sitges. A taparse hasta la cabeza con dos frazadas y pensar en calaveras.